

¡Hemos de confesar “con nuestra vida”, que Jesús es, el Mesías de Dios!

- Aprendí de San Josemaría que, una forma de sacar provecho de la lectura del Evangelio consistía en, *tratar de meternos en la escena evangélica que leemos*, haciéndonos un personaje más de los que escuchan a Jesús.

- El Evangelio de hoy se presta, especialmente, a esa recreación, a enrolarnos en esa escena en la que Jesús podría estar dirigiéndonos la misma pregunta a cualquiera de nosotros: **¿Quién soy Yo para ti?** O, dicho con otras palabras: ¿Qué significado o qué papel juego Yo en tú vida? ¿Qué lugar ocupa mi persona, en tus proyectos, en tu jerarquía de valores?

- Y, no estoy muy seguro que saliéramos airoso, con una nota alta, de ese interrogatorio con el Señor porque, la respuesta que El esperaba, más que la simple confesión: **Tú eres el Hijo de Dios**, sería, aquella coherencia de nuestra vida del que trata continuamente por identificarse con su voluntad, que encuentra un paradigma en aquella afirmación que el Apóstol Pablo hacía de su propia vida: **“Vivo yo, más no yo es Cristo quien vive en mí”**.

- ¡Planteémonos esa radical transformación!

- No nos contentémonos con un fácil cumplimiento rutinario, que no entra en esa seria lucha para que el Evangelio de Cristo y su voluntad divina transformen nuestras vidas.

- A la pregunta de Jesús: **¿Quién soy yo para ti?**, ¡optemos por una respuesta comprometedor, que nos lleve a plantearnos esa “*metanoia*”, ese cambio de vida, (consecuencia de una respuesta sincera), que es lo que, de verdad, espera Cristo de nosotros!

- Por eso, Jesús, a raíz de su pregunta: **“¿Quién dice la gente que soy yo?**, y de la espontánea respuesta de los suyos, quiso dejarnos claro que, **confesarle, reconocerle**, es algo ¡muy comprometedor!, porque lleva consigo: estar dispuesto a renunciar a sí mismo, a cargar con la cruz y a hacerse violencia para frenar los insaciables impulsos de nuestro “yo”. Estas fueron sus palabras:

“El que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz cada día y que se venga conmigo”.

- Resumiendo. La respuesta sincera que el Señor espera de nosotros, a su pregunta, no son confesiones fáciles o respuestas teóricas: **“Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios”**. Lo que espera, *como única respuesta válida a la confesión de nuestros labios es*, que llevemos a cabo en nuestras vidas el “proceso de conversión” que nos reclama El, como **“Mesías e Hijo de Dios”**

Guillermo Soto

